

MÓDULO 4

A) Lazo social. La identificación con los pares. Pertenecer a un grupo

La adolescencia y la pubertad son momentos en que se ponen en cuestión todos los referentes que hasta el momento sostenían al sujeto. Es una época de cortes, separaciones y transformaciones por lo que nada puede quedar en pie e inalterado. Como señalaba Freud, se trata de un verdadero momento de metamorfosis¹ ya que lo que servía de soporte comienza a ponerse en cuestión y a tambalearse. La referencia indudable al texto de Kafka nos pone delante de modificaciones que convierten al sujeto en un extraño para sí mismo. ¿Cómo pensar en este escenario los lazos sociales y familiares del adolescente? El propio Freud nos lo recuerda en ese texto, señalando que se trata de una crisis en la que el sujeto tendrá que reconstruir su relación con el Otro en todas sus variantes y con los semejantes ya que las credenciales de la infancia ya no le sirven. Podríamos afirmar que como señala Francisco Hugo Freda siguiendo a Lacan² que “lo social” vendrá a ocupar el lugar que ejercía el padre en la infancia, un verdadero protagonismo.

El Otro de la familia

La incomodidad podría ser el afecto que define al adolescente, ya no encuentra su sitio ni en la familia, ni en la escuela, ni con su cuerpo, ni con los otros. Las respuestas que había encontrado en la infancia para hacer con el interrogante del deseo del Otro, ser su falo, responder a su demanda en la línea del ideal, en

¹ Freud, S., “La metamorfosis de la pubertad” en Tres Ensayos de teoría sexual, Obras Completas, T. VII, Amorrortu, Bs. As., 1993.

² Freda, F. H., “El adolescente freudiano” en Adolescencias por venir, Gredos, Barcelona, 2018.

suma, la dialéctica entre Ideal del yo y yo Ideal, entre lo que se espera de él y lo que realmente es, se ve en este período profundamente conmovida. Esa familia que en la infancia tuvo la tarea de introducirlo en las leyes simbólicas necesarias para moverse en la vida, esas mismas que establecieron la diferencia entre la demanda de satisfacción de una necesidad y la puerta que abre al deseo, se ha vuelto para el adolescente algo extraño.

El Otro primordial con su trasmisión del relato que permite la inscripción en un linaje se vuelve enigmático para el adolescente que empieza a encontrarle fallas como una vía de interrogación. Hay una crisis también de la identificación y se reedita la pregunta por el lugar y el valor que el sujeto tiene para el Otro. Es por ello que muchas veces se toma por simple rebeldía el intento del adolescente de tomar una distancia del Otro y del otro para poder inscribir(se) de otro modo. Los síntomas, entonces, serán los modos en que tratará cada púber de llevar adelante esta inscripción.

Es interesante destacar que la conmoción de las relaciones en la adolescencia confronta también a los adultos que tampoco logran encontrar su lugar con facilidad y oscilan entre el autoritarismo y la laxitud confundiendo su posición de autoridad puesta ahora en cuestión. El discurso mismo en tanto lazo, los recursos simbólicos que no pueden responder a la pregunta sobre la sexualidad empujan muchas veces al adolescente a un aislamiento en el que se juega al límite con la emergencia de la pulsión de muerte. Los síntomas en la adolescencia que se presentan como un rechazo a la oferta que viene del Otro son intentos de abordaje de aquello que el despertar sexual presenta como enigma. Es necesario que deje de ser un enigma y un incordio para la familia para que el sujeto se haga responsable de esa incógnita que lo acecha y se abra a una decisión como sujeto.

En el ámbito familiar la ambivalencia adolescente se presenta reclamando ayuda y poniendo al mismo tiempo de manifiesto su fracaso, ya que los semblantes de los adultos no sirven para responder a las nuevas inquietudes. La identificación al padre con la que se abandona la fase edípica deja de ser un sostén y debe poder desalojarlo del lugar del ideal para que otras identificaciones puedan jugar su partida. Es el momento en que otros adultos, quizás profesores, hermanos mayores o compañeros pueden funcionar como guías. Para Lacan, el declive en la figura del padre es un elemento que tendrá peso en su enseñanza ya desde el año 1938 en su texto sobre la familia. El mito de Edipo para Freud y el Nombre del Padre para Lacan conforman, no obstante, un anclaje del que el adolescente deberá ir separándose para encontrar su nuevo lugar en la familia y con los otros. Es por ello que la adolescencia es el período en que el sistema sostenido por el *padre* entra en crisis para el sujeto.

Los pares y la pertenencia a un grupo

Para el psicoanálisis la identidad es imposible desde el momento en que somos seres de lenguaje. Como sabemos, el lenguaje es responsable de nuestra pérdida del instinto que guía a los animales en el proceso de reproducción de su especie. Así, el ser hablante que nada en un mar de lenguaje se topará siempre con el malentendido que subyace al mismo, es decir la imposibilidad de que un significante corresponda sólo a un significado de manera unívoca. De esta manera, la identidad es una falsa verdad que sólo podrá recubrirse con la serie de identificaciones que desde muy pronto el ser hablante tiene a su disposición. Como decíamos más arriba, estas identificaciones entran en crisis en la adolescencia porque en ese período hay un despertar a la sexualidad que confronta a todo sujeto a un encuentro con su propio cuerpo que cambia, con un goce nuevo y con el cuerpo del semejante. ¿Cómo responder a eso cuando no hay receta que valga para todos? En este escenario de desconcierto, de

profunda soledad, la mirada sobre los pares es un primer paso para responder cómo se las arregla el otro en este laberinto. Se impone el imperativo de responder a la pregunta ¿quién soy?: soy anoréxica, soy drogadicto, soy ... Podemos tomar estas respuestas como un comienzo de lo que será el proceso de construcción del adolescente para encontrar su lugar en el lazo con el otro.

Las modalidades en la identificación van a dar lugar a diferentes grupos: Freud no señaló ya en *Psicología de las masas...* la identificación al líder por la vía de un rasgo que funciona de aglutinador de la masa alrededor de una ideología. En esas agrupaciones todavía hay lugar para lo simbólico, mientras que en otras más extendidas, prima lo imaginario: ropa, estilo de maquillaje, peinados, tatuajes, piercings, etc. De esta manera el sujeto se siente protegido por un nuevo semblante que le da un lugar entre los otros, pero al mismo tiempo, se homogeneiza y se aleja de lo más propio. Pero hoy en día podemos ver también grupos de adolescentes que encuentran en una modalidad de goce el modo de hacer lazo y de conformar una comunidad. Así, por ejemplo, en las redes sociales abundan los espacios de encuentro de jóvenes que se identifican a una determinada posición de goce: anoréxicos, autolíticos, bulímicos, etc. El problema es que esos nombres que hacen grupo obturan la interrogación de cada sujeto por esa elección. Son, más bien, respuestas sintomáticas a la respuesta por la relación entre los sexos, por la vida o por la muerte.

El grupo o la pandilla será el ambiente en el que el adolescente juegue a encontrar sus nuevos espacios de pertenencia en función de los gustos de música, los intereses, el deporte, que le permitirán en el intercambio de palabra con los otros ir definiendo sus nuevas coordenadas.

Las respuestas sintomáticas muchas veces en el encuentro con un analista pueden declinarse hasta encontrar una vertiente que conecte con lo más singular, con lo sintomático para cada ser hablante. Poder hablar sobre la conmoción de lo que supone la adolescencia es para el sujeto una posibilidad de

encontrarse con el agujero en el saber acerca del goce que lo habita como ser hablante. Es una oportunidad para encontrar otra manera, más propia, de abordarlo.

B) La era de la globalización y de la inmediatez. Los nuevos amos: la tecnología y la ciencia

Desde hace ya unos años vivimos en un mundo en el que la hiperconexión y la globalización permiten un acceso inmediato a objetos y modalidades de goce diversas, así como nuevas maneras de establecer vínculos con los otros. Tanto la globalización como la inmediatez son significantes que de alguna u otra manera reniegan de la pérdida, buscan desconocerla, así como de rechazar la imposibilidad. Hoy, las demandas deben ser satisfechas de inmediato y con una oferta ilimitada. Si en el mundo de los adultos el objeto de consumo ha pasado a ocupar el lugar preponderante o como señalaba Jacques-Alain Miller, el objeto se sitúa en el cénit social, los niños y los adolescentes no son ajenos a este escenario contemporáneo. La manera de orientarnos y de ocupar un lugar en la sociedad se mide en función de los objetos de consumo que prometen una satisfacción inmediata de la demanda.

Esta exigencia de satisfacción inmediata mantiene a los sujetos en un nivel de excitación constante bastante comparable a los picos de goce que se observan en las toxicomanías. La sola idea de poder perder algo de esa intensidad provoca verdadera angustia.

Es importante observar que se trata de un empuje generalizado al goce que afecta a padres y a hijos, a las nuevas declinaciones familiares, que se ven por igual abocados a responder a la demanda de manera inmediata en términos de lógica de mercado. Hay un verdadero imperativo para la medición, el cálculo la

clasificación que afecta a los jóvenes y a los no tan jóvenes. Los nuevos ideales pasan por el rendimiento y la alta ocupación del tiempo, ya no hay lugar para el ocio o incluso el aburrimiento. Desde pequeños, los niños son atiborrados de programas y actividades para evitar que se aburran. El exceso es el signo de la época para, como señalamos más arriba, evitar el encuentro con la falta. Pero también son una puerta a la abulia, a la caída de la libido, al alejamiento del deseo.

En esta verdadera pasión por la clasificación y el algoritmo que se presenta como infalible, los sujetos se entregan a la ciencia y a la técnica para ser evaluados y diagnosticados. Se observa no sólo un declive de la palabra, de lo simbólico, que se presentan como incapaces ante lo real, apostando por la respuesta *ready-made* absoluta y para todos. En este escenario, los adolescentes que deben enfrentarse a la crisis del mundo de la infancia, se abocan especialmente al Otro que la tecnología les ofrece. Lo interesante es que el magma incandescente que es Internet sabe bien cómo funciona la pulsión que siempre alcanzará su satisfacción independientemente del objeto en juego. Por eso, los jóvenes entran fácilmente en la repetición en busca de una satisfacción aun mayor y que no requiere de la presencia de otros. El sujeto se aísla y se basta solo para abordar esta búsqueda de goce sin pérdida que el discurso contemporáneo le promete. Es frecuente ver a grupos de jóvenes reunidos pero cada uno en interacción con su objeto *gadget*, que los protege del encuentro con los otros, del enigma que el cuerpo a cuerpo introduce. La virtualidad ofrece una vía de escape a este encuentro con lo vivo e incontrolable de los cuerpos que muchas veces se ve abocado al enfrentamiento violento. La virtualidad, cuando es imagen pura, ofrece el espejismo de poder evitar el malentendido estructural del ser hablante.

El impasse al que se enfrenta el adolescente tiene que ver con la diferencia sexual y de goces, que por no tener inscripción en el inconsciente, dejan al sujeto sin recursos ante los cambios en el propio cuerpo y en el de sus semejantes. Ciertamente en un análisis no se trata de “enseñar” porque no hay un saber

sobre el goce, sino de que el sujeto pueda desplegar su malestar para producir su propio saber.

Otra consecuencia del declive de lo simbólico es la desaparición de la responsabilidad, la dificultad de hacerse cargo de los propios actos y del propio goce. La exigencia de respuesta inmediata a la demanda privilegia, asimismo, el acto por sobre la palabra, por lo que se observa el recurso frecuente al *acting out* en muchos adolescentes. Se trata de una manera de llamar al Otro a la escena para evitar excluirse de ella por la falta de recursos para afrontar una situación difícil en la que se pasa de una posición de deseado a la de deseante.

El encuentro con un analista permite al adolescente desplegar su malestar para dejar de presentarse como síntoma de los otros y bajo la etiqueta del diagnóstico de la ciencia. Un recorrido analítico da lugar a los tiempos de cada sujeto para reordenar el marco fantasmático que se vio conmovido por la emergencia de un goce inédito y el encuentro con lo real del sexo. No hay respuestas prefabricadas que sirven para todos, sino que cada uno deberá poder construir la propia. Como afirma Daniel Roy³: en el encuentro con un analista “(...) apoyándose en los recursos del discurso, permite relajar el escollo de las coerciones modernas y transmitirles el mensaje de que, si es cierto que están irremediamente solos para confrontarse a lo real del sexo, ellos no son, precisamente por eso, los únicos que tienen que arreglárselas con ello...”

C) Nuevos tiempo, nuevos síntomas

Los malestares y sufrimientos de los adolescentes contemporáneos.

Comenzaremos este apartado recordando de forma breve algunas conceptualizaciones acerca del síntoma.

³ Roy, D., “Protección de la adolescencia” en *Adolescencias por venir*, op. cit., p. 57.

Freud nos decía en primer lugar, que el sentido del síntoma es desconocido para el sujeto en tanto es una formación inconsciente: *“para que el síntoma exista es necesario que éste sea inconsciente”*

Para él esta formación del inconsciente podía ser interpretada y por lo tanto descifrada. Es así que esta “verdad reprimida” iba adquiriendo significación una vez el paciente en sesión se ponía a hablar de su síntoma, del malestar que éste le causaba y motivo por el cual había acudido al análisis.

O sea que a pesar de no saber qué había detrás de ese síntoma, que lo provocaba, lo que sí sabía el sujeto era que algo en su vida le estaba causando displacer, malestar y no podía evitarlo ni entender por qué. Es que el síntoma resulta enigmático para el sujeto mismo, en tanto se presenta en él, más allá de él.

Más adelante Freud dirá que el síntoma es una “formación de compromiso” entre los ideales del sujeto y las pulsiones (el goce pulsional). Pero al cabo del tiempo se topa en la clínica con la repetición, el síntoma no desaparece después de su interpretación. Así descubre la dimensión real del síntoma, la “compulsión a la repetición”, aquel resto que insiste, y que no es interpretable en tanto real. Diríamos entonces que la cara real del síntoma, esa cara pulsional o de goce, escapa al sentido.

Cuando hoy hablamos de nuevos síntomas en la adolescencia, creo que podríamos hablar más bien de cómo se conforman los síntomas de los adolescentes de acuerdo a los distintos discursos de cada época. Con esto me refiero a que si tomamos en cuenta por ejemplo a aquellos autores que hablan de la adolescencia como síntoma de la pubertad, podríamos decir entonces que la adolescencia es sintomática siempre, y así lo es. Desde este punto de vista es importante pensar, si realmente hay siempre una construcción de síntomas en la adolescencia, o en algunos casos los sufrimientos del adolescente no logran ser sintomatizados, o alcanzar la categoría de síntoma, en nuestra época

contemporánea, en tanto muchas veces prevalece la actuación sobre el síntoma (pasajes al acto, conductas de riesgo, acting out). Pienso que el discurso reinante puede impedir muchas veces la construcción de un síntoma, considerado como tal para el psicoanálisis. Lo que sí parece claro es que el tránsito por la adolescencia provoca un malestar, que puede resolverse de diferentes maneras. Como decía Patrick Monribot (2010) *“hay que localizar las dificultades que alimentan la queja, aquello que puede ser elevado a la dimensión de síntoma [...] En el fondo no es suficiente tener un sufrimiento para tener un síntoma”* Porque más allá del sufrimiento tiene que haber una implicación del sujeto en el síntoma. En la clínica llamamos a esto “rectificación subjetiva”, que es el momento a partir del cual el sujeto en sesión percibe y admite su implicación, su responsabilidad en el síntoma. Cuando esto ocurre el sujeto podrá reconocer entonces al menos su deseo puesto en juego allí, deseo que hasta ese momento desconocía.

¿Por qué, entonces, podemos afirmar que los sufrimientos en los adolescentes a veces no encuentran la vía del síntoma? Porque un síntoma en psicoanálisis es una formación psíquica que permite a los sujetos hacer algo con aquello que no se ha podido tramitar adecuadamente frente a situaciones que resulten traumáticas para el sujeto. El síntoma permitiría al sujeto encontrar una solución más o menos satisfactoria frente a la presencia de ese exceso de goce del que siempre quedará un resto, sin significar, que constituirá el núcleo real del síntoma. Y es sobre estos restos sintomáticos donde Lacan encontró la singularidad de la forma como cada uno goza con lo que el sujeto se identifica al final del análisis. Es con lo que hay que vivir “soy como gozo”, que lejos de querer decir que un sujeto goza sin importarle nada más, se refiere a un consentimiento del sujeto a ese goce con el que se las arregla de otro modo.

Entonces, el síntoma como solución junto al fantasma como marco de la realidad, permiten al sujeto enfrentar la falta en ser, el agujero en el saber, la no relación

entre los sexos, de tal modo que la existencia resulte vivible; y cada uno lo hará de acuerdo a sus propios recursos, a su singularidad.

Los adolescentes así, tienen que inventar algo que les permita soportar la existencia, que les permita hacer algo frente al real que se les impone. Pues los destellos de goce -que se presentan a partir de eso que resulta insoportable en el vínculo social- cuando impiden su conformidad con el Ideal, es en esos momentos donde el sujeto puede creer en el síntoma y así formular una demanda.

En el Módulo 3 vimos que para que el sujeto encuentre otra forma a su yo, ha de orientarse hacia el Ideal del Yo. Ha de constituirse un nuevo Ideal del Yo.

Como lo decía A. Stevens (2001) *“Para decirlo de una forma simple, es hacer una nueva elección con el significante: un nombre, una profesión, un ideal, una mujer, una misión en el mundo. [...] es decir, hacerse un síntoma con su envoltura significativa con el cual se pueda tener una satisfacción. [...] esto da una idea de lo que es la salida de la adolescencia, es decir, acomodarse estando decidido a hacer algo de su vida.”*

Para constituirse un nuevo Ideal del Yo, es necesaria la función paterna, el Nombre del padre, que es quien orienta este punto del Ideal. Es el punto desde donde orientarse, en donde sostenerse. Por lo tanto en la época de la caída, el declive, o la degradación del Nombre del padre, los adolescentes tienen aún más difícil, la tarea, en tanto ese punto falla. Pero también es cierto que un gran número de adolescentes se las arregla bastante bien, probablemente porque como lo decía Lacan aunque se trate sólo de un semblante, no hay impedimento para servirse de él.

Sería pues esa falta de una inscripción adecuada, la que desorienta al adolescente, en tanto no le permitiría orientar sus deseos y sus acciones.

Desde estas modificaciones en nuestra época (la caída del NP y de las identificaciones) se desprende la idea de una nueva subjetividad, lo cual podría dar como resultado lo que serían síntomas sin historia, sin un orden de determinación, sin una envoltura significativa adecuada.

También podemos ver en los llamados NI-NI como los ideales capitalistas del tener pueden hacer que estos sujetos adolescentes se muestren como faltos de deseo, apáticos. Y es que ante esta falta de ideales, hacen de la falta de deseo su estilo de vida (Damasia Amadeo de Freda- 2014)

La citada autora dice: *“Ellos (los NI-NI, ni estudian- ni trabajan) son una respuesta, un comportamiento, un estilo de vida que emerge en nuestra época, a diferencia de ciertos síntomas como los histéricos o los obsesivos, los cuales incluso si cambia su forma de presentación con el correr del tiempo, mantienen su forma estructural”*

Podemos decir entonces que los síntomas son nuevos desde una perspectiva histórica como lo mencionábamos más arriba en tanto *“los síntomas evolucionan más que la relación al fantasma que queda más bien fija. Lo que evoluciona es la envoltura formal del síntoma, es decir los semblantes, los significantes que evolucionan en el contexto cultural”* (A. Stevens-2001)

Fantasma y Síntoma

Antes de terminar este apartado me parece interesante comentar brevemente lo que para el psicoanálisis son los conceptos de fantasma y síntoma.

El fantasma es una ficción, a través de la cual se articula el goce con el deseo. El fantasma es aquella ficción que hemos creado para de alguna manera hacer existir al Otro, es la ficción con la que vemos el mundo, es el marco que le ponemos a la realidad, así cada uno tendrá su propio fantasma a través del cual ve el mundo. Por ello decimos que tenemos una visión fantasmática del mundo. Es una ficción hecha de imaginario y simbólico que surge en respuesta ante la

pregunta por el deseo del Otro, así como también es un modo de acceder a cierta satisfacción para el sujeto. Podríamos decir entonces que el fantasma es una construcción defensiva, una defensa contra el enigma que representa para el sujeto el deseo del Otro, mientras que el síntoma sería la solución que encontramos frente a determinadas situaciones, síntoma que incluye al fantasma, y que tiene dos caras, una descifrable y otra fuera de sentido que responde al goce, que es lo que causa el displacer del síntoma.

Entonces en cuanto a los nuevos síntomas, podríamos decir con Piedad Ortega (2006) que estos *“cambian en sus manifestaciones debido a que están en función de la lengua y del discurso del tiempo y que son trans-históricos en su estructura”*

Hasta aquí y a la luz de las anteriores conceptualizaciones, podemos nombrar y decir algo acerca de las nuevas manifestaciones sintomáticas de los adolescentes contemporáneos.

Sin duda las más notorias, son las que refieren a las dependencias, las toxicomanías, el alcoholismo, problemas alimentarios, tentativas de suicidio, etc. Todas ellas parecen tener en común el ponerse de un modo u otro en peligro, conductas de riesgo, que como lo dice P. Lacadée (2012) *“[...] conductas de riesgo cuyo rasgo común es la exposición a una probabilidad no despreciable de herirse o de morir, de perjudicar su futuro personal o de exponer su cuerpo al peligro [...] Algunos toman la forma de un modo de vida, otros las del pasaje al acto”*

La precariedad simbólica en la que se haya el adolescente, la falta del punto desde donde que opere como referencia, hace que muchos adolescentes asuman riesgos, en tanto sienten no tener un destino claro. Muchas veces obtienen el silencio, la incomprensión, la ausencia y hasta la humillación del Otro,

porque a pesar de su intento de separarse del Otro en este momento vital, también requiere de su reconocimiento, de su lugar aunque resulte paradójico.

El vacío que produce el encuentro con la sexualidad, con su agujero en el saber, en la verdad, pero sobre todo en lo real, conmina al adolescente a actuar y muchas veces de forma arriesgada.

Pero a pesar del riesgo vital que muchas de estas conductas llevan, para los adolescentes es paradójicamente una forma de sentir su existencia, de no sentirla frágil e inconsistente, con lo cual más que tentativas de morir, lo parecen de existir. El empuje a gozar sin límites, haciendo de ello la verdadera forma de vivir la vida, es lo que hace que los adolescentes se vean empujados a tomar tales riesgos.

En la toxicomanía se puede ver otro claramente el empuje a alcanzar el goce sin pasar por el Otro, por el deseo del Otro (otro rasgo característico de estas formaciones sintomáticas). De esta forma elude entonces encontrarse con la falta en el Otro - que haría causar su deseo- lo que le permite acceder al objeto de forma directa. Así taponan la angustia que suscita ese pasaje por el Otro. Es un alivio para la angustia en tanto es imaginada como fuente de felicidad inmediata, aunque finalmente en lugar de ello puede conducir al sujeto al abismo.

Pero esta relación con el objeto finalmente es una relación adictiva y solitaria. Aunque estos comportamientos se hagan en grupo, parecería que el agrupamiento responde a una forma de goce, en donde las identificaciones están hechas por la modalidad de goce, lo que en definitiva provoca la satisfacción de soledades compartidas, lo que por otra parte genera la segregación en grupos.

En este marco podemos también ubicar a la violencia. En los púberes y adolescentes puede verse como la violencia es dirigida hacia otro diferente, cuyo goce es distinto. Y en tanto necesitan identificarse a un grupo - por no quedarse fuera, por pertenecer a algo, por encontrar un lugar- muchas veces las

agresiones se producen en pequeños grupos que atacan, insultan o humillan al diferente. Segregan.

Lacan en su Seminario sobre la angustia, decía que el pasaje al acto y el acting out son las últimas barreras contra la angustia. Ello podría explicar lo que hemos mencionado antes acerca de la imposibilidad muchas veces de sostener un síntoma, ya que este haría barrera al goce intrusivo, a la pulsión mortífera, que se desata muchas veces mostrando su cara más violenta.

En el texto “En dirección a la adolescencia” (2015), J. A. Miller, hace referencia a lo que la psicoanalista Hélene Deltombe, dice acerca de los “*nuevos síntomas articulados al lazo social*”, que van en la misma dirección de lo que venimos diciendo. Ella observó que esos síntomas podían convertirse en fenómenos de masa, incluso en epidemias, refiriéndose a las alcoholizaciones grupales o toxicomanías en grupo, la delincuencia, etc. A lo que agrega Miller: “*Esta socialización de síntomas de los adolescentes, me parece que debe tenerse en cuenta: la adolescencia como momento en el que la socialización puede hacerse bajo el modo sintomático*”

También hay que decir que otro tipo de agrupaciones, como por ejemplo, un grupo musical, o un deporte de grupo, pueden servir al adolescente para apoyarse en un Ideal, un ideal que pueden compartir y a partir del cual hacer lazo y desde allí poder encontrar su propia fórmula, su propio camino.

En relación al lenguaje, es notable como los adolescentes inventan su propia lengua, inventan sus palabras, las que le permiten construir un nuevo lazo social, desligado del de sus padres, del de los mayores en general. Ellos se sirven de este lenguaje para poder tramitar la soledad que a menudo sienten frente a lo real del goce. Entonces intentarán desear en otra parte distinta al ámbito familiar y puede que encuentren allí el objeto que mueve el deseo. Por ejemplo en el ámbito educativo esto puede suceder siempre que el profesor logre mostrar la falta, el agujero en el saber. Si logran escuchar al adolescente con su lengua

propia y a la vez logran transmitir este deseo de saber los alumnos podrán ser causados entonces por ese deseo de saber y encontrar una satisfacción en ello. Y esta también es una vía de tramitación del goce en la adolescencia.

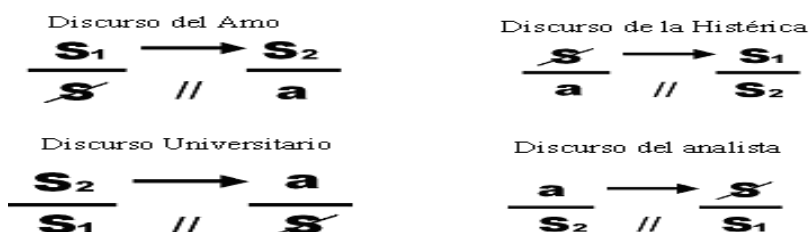
Por último otra de las formas sintomáticas en la adolescencia es la ausencia de deseo, que se traduce en apatía, paralización y muchas veces en depresión. En la misma línea de los otros síntomas mencionados, la falta de deseo, o de castración (todo se puede, nada es imposible) dejan abierta la puerta a la pulsión mortífera en tanto el deseo, o la castración, no viene a limitar el empuje a la satisfacción.

D) Discurso capitalista: El dese y el goce

Después de haber pensado la relación del sujeto y el Otro primordial, del vínculo entre pares, del lugar en la familia a partir de la relectura de la obra freudiana, Jacques Lacan aborda en los años 70 la cuestión del lazo social por la vía de lo que llamará los discursos en su *Seminario 17*.

Lacan pone en relación tres elementos significantes y el goce y afirma que el discurso en tanto que estructura de relaciones es lo que habilita el vínculo social y que los matemáticos permiten leer el modo en que cada discurso organiza el goce y el lazo con el otro. El ingreso al mundo de los discursos le ofrece a Lacan la posibilidad de separarse de los personajes del drama edípico y reducir aquello que ya había transformado en metáfora a las relaciones del ser hablante con la estructura del lenguaje. En primer lugar, introduce el discurso del amo a partir de su lectura de Freud y en clara referencia a la dialéctica del amo y el esclavo planteada por Hegel al que añade el concepto de plusvalía de Marx, y convierte este discurso del amo en el discurso del inconsciente.

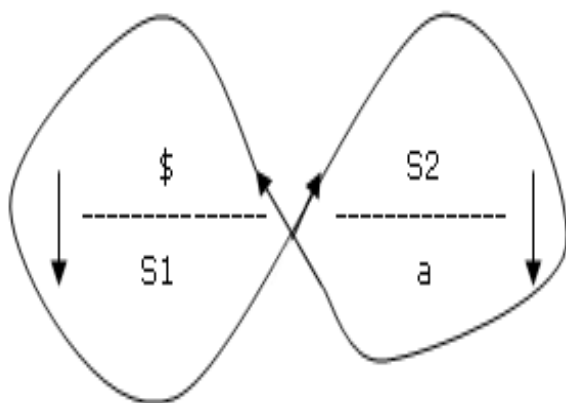
Lacan construye una estructura de discurso que es un cuadrípodo, con cuatro lugares y cuatro términos. Al escribir los discursos, Lacan se pregunta por el estatuto y el lugar del goce en la vida y la sociedad de hoy, teniendo en cuenta los tres imposibles señalados por Freud: gobernar, educar y analizar a los que añade una cuarta imposibilidad de hacer desear en el discurso de la histérica. Cada discurso pone de relieve una imposibilidad entre los términos situados en la parte inferior del matema, algo propio de la estructura misma del lenguaje: en el del amo se trata de la imposibilidad del sujeto de restituir su goce. En el universitario, los estudiantes en tanto que producto de la universidad no pueden situarse en el lugar del amo que está ocupado por un saber total. En el discurso de la histérica no es posible que el amo interrogado dé cuenta de un saber sobre el goce y en el analítico queda claro que es imposible identificarse al saber, lo que deja al analizante con su S1, con lo que tendrá que alcanzar un nuevo arreglo con el goce. El discurso del analista se sostiene en un saber supuesto y su producción, un S1 particular, un *sinthome*, no se presenta como algo alrededor de lo cual podría crearse un grupo por vía de las identificaciones.



Lacan formula el discurso capitalista al que califica de perversión del discurso del amo en el que se cambian los vectores y los lugares y desaparece la imposibilidad. ¿Qué es lo que introduce el discurso capitalista? Si en el discurso

del amo se trataba de alcanzar el saber inconsciente, en el capitalista se busca el acceso directo al goce y la realización del fantasma.

En este discurso la subjetividad queda por completo desdibujada, sólo cuentan los consumidores, puros vacíos a ser llenados con los *gadgets* que ofrece el mercado. Ahí radica precisamente el carácter homogeneizante de este falso discurso, ya que produce una serie de objetos para todos y no entra en juego ese objeto particular del sujeto que le permitiría poner orden a su discurso. Nada hace obstáculo a la circularidad infinita de este falso discurso.



Lacan señala con claridad en la conferencia que dicta en la Universidad de Milán en mayo de 1972 que “el sujeto opera sobre el significante amo como verdad, lo que significa que el sujeto dirige la verdad, por eso este discurso (el capitalista) supone el rechazo de la castración”. Se trata más bien de que no pone en juego la función de la castración, por lo que no ofrece posibilidad al amor. Más adelante añade: “(...) La crisis, no del discurso del amo, sino del discurso capitalista, que es el sustituto, está abierta. No se trata en absoluto de que yo les diga que el discurso capitalista sea tonto, al contrario es algo locamente astuto. Locamente astuto, pero destinado a reventar. Finalmente, después de todo es lo que se ha hecho de más astuto como discurso. Pero no menos destinado a reventar. Esto porque es insostenible. (...) Una pequeña inversión entre el S1 y el S... que es

el sujeto... basta para que marche sobre ruedas, no puede marchar mejor, pero justamente marcha demasiado rápido, se consume, se consume tan bien que se consume.”⁴ (Milán 1972)

Este es el contexto en que nos encontramos hoy, niños, adolescentes y adultos, en un discurso que empuja al consumo hasta consumirse. Pero quizás lo más interesante es que este discurso en su rechazo de la falta, aplasta cualquier emergencia posible del deseo. Los adolescentes de hoy son los niños que ayer vieron colmadas sus demandas con objetos y actividades sin fin. Respuestas de padres que por compensar aquello que ellos mismos no tuvieron, evitar a toda costa la “frustración”. Asimismo, la eficiencia y el rendimiento han sustituido a los ideales y a los relatos de filiación. ¿De qué se sujeta, entonces, el adolescente? Los objetos, la virtualidad, los juegos en red serán sus partenaires y de este modo se aseguran cierta satisfacción inmediata y evitan el riesgo del cuerpo a cuerpo. Esta tecnología al servicio del sujeto es correlativa del discurso capitalista porque taponan la falta y empuja al sujeto a la ficción de un goce infinito entre una pantalla y otra. No hay lugar para interrogarse y dejarse atravesar por la contingencia del amor o abrirse a la dimensión del deseo.

Sin duda la preeminencia de la imagen, del ver, del ser mirado es indiscutible en nuestra época. Frente a la incertidumbre del adolescente en relación con su propio cuerpo e imagen, las redes sociales ofrecen la posibilidad de una *construcción* que pasa por una imagen que se da a ver de manera renovada ante la vacilación de los semblantes que tiene lugar en la adolescencia. El *selfie* es así un modo de llevarse el espejo “benévolo” a todas partes. El adolescente se construye así una “identidad” imaginaria en la que huelgan las palabras como es propio de la época. Como señala J. R. Ubieto: *la consecuencia más importante de todo esto es (...) la reiteración permanente de esa demanda de reconocimiento que se manifiesta en una alienación al Otro digital que puede*

⁴ Lacan, J., Discours de Jacques Lacan à l’Université de Milan le 12 mai 1972.

*resultar muy imperativo: notificaciones, likes, mensajes*⁵. Hay asimismo un empuje a la desvergüenza y al desafío en las redes: la propia imagen se ofrece al intercambio del mercado. Se trata de una excesiva inflación del narcisismo con ayuda de la tecnología y ésta se “lo come todo”. Demanda sin parar una presencia ante la pantalla que involucra todo el circuito pulsional. Se

El declive de lo simbólico muestra bien que los registros están hoy más sueltos, menos atados para el sujeto contemporáneo. Es así como el cuerpo para el adolescente se presenta como una alteridad que escapa al dominio del yo. Es un enigma que nunca se está seguro de controlar. Los medios para hacerlo pasan por la imagen, pero también por la inscripción. Los tatuajes, piercings y algunas intervenciones más sofisticadas, son modos en que se busca hacerse con ese real que siempre escapa al control del sujeto. Hoy en día, el lazo digital puede funcionar también como modo de estructuración en la experiencia con el propio cuerpo.

Sin embargo, no se trata de volvernos nostálgicos de tiempos pasados, sino de tomar los recursos y las herramientas con las que el joven interactúa para descubrir sus funciones. Por eso, la brújula del psicoanálisis desde Freud es el síntoma. Tarde o temprano, éste se construye y se hace escuchar, como señala Lacan en “La tercera”, los objetos mismos acabarán produciendo síntomas para mostrar que en realidad, la cosa no marcha. Lo real insiste y emerge más allá del tapón que ofrece el mundo contemporáneo en forma de objetos consuelo. Por eso, el espacio de escucha del psicoanálisis abre la puerta a la insistencia de ese real y a que cada sujeto pueda saber algo más sobre ello y encontrar otro modo de arreglárselas con el malestar, con la no complementariedad entre los goces y con los otros.

⁵ Ubieto, J. R., (comp.) *Del padre al iPad. Familias y redes en la era digital*. NED, Barcelona, 2020, p. 90.

Recapitulando...

En la época actual los síntomas clásicos, histeria, obsesión, fobias, han ido dejando paso a nuevas formas sintomáticas, que no obedecen al sistema de represión y retorno de lo reprimido, aunque estos síntomas clásicos siguen coexistiendo con los contemporáneos. En los síntomas actuales parece no haber conflicto, parece que no dividen al sujeto, que no le hacen pregunta, que son mudos. Más que aquella formación de compromiso entre las pulsiones y el Ideal del yo, las pulsiones encuentran el camino abierto para su satisfacción, lo cual no genera culpa y por tanto no hace síntoma.

Esto podemos atribuirlo a varios factores que se conjugan en la época actual donde impera el discurso capitalista y el de la ciencia, como: el declive de lo simbólico, del Nombre del Padre, la caída del Ideal, la generación continua de objetos gadgets, que hacen estar al objeto por encima del ideal y con ello la inmediatez en la búsqueda de la satisfacción, sin tener incluso que pasar por el Otro.

Al respecto, Manuel Fernández Blanco (2012), lo dice así: “[...] *Por eso la pulsión apenas encuentra el límite encarnado en el Otro y el goce se torna un derecho, sin la culpa propia de la trasgresión [...] Y, si la barrera cae, la culpa tiende a desaparecer para que aparezca algo más peligroso: la búsqueda del límite*”.

Por eso él les llama patologías de la impulsividad donde “*el sujeto queda subordinado al objeto, seducido por el objeto de satisfacción siempre posible*”, planteando que hay una descarga sin represión, que es la forma de realizarse que tiene hoy la pulsión de muerte.

A diferencia de lo que sucede en el discurso del amo, donde hay una barrera entre el sujeto y el objeto, el discurso capitalista borra esa barrera, promocionando así el rechazo a la castración, donde la imposibilidad parece no existir, como si nada hiciera marco para sostener la realidad y así acotar el goce.

El no a la castración implica no renunciar a nada, así el sujeto no tiene que elegir -lo que sabemos implica siempre una pérdida- sin tener en cuenta entonces, lo que se gana en lo que se pierde. Al faltar en los pasajes al acto el tiempo lógico de comprender, el adolescente se precipita en el tiempo de concluir, como una forma rápida de liberarse de la angustia, de esa angustia que provoca el encuentro con lo real y que no sabe cómo tramitar.

Podemos ver así que hay diversas formas de tramitar el sufrimiento. Unos intentan taponar el vacío que experimentan, a través de los objetos, otros se encierran en ellos mismos obteniendo satisfacción de un modo solitario con la mediación de dispositivos tecnológicos (que atrapan su mirada) que los alejan del lazo social, pero que por otro lado les ayudan a combatir esa soledad que sienten ante la falta de conversaciones, de historias, de relatos que humanizan la vida.

Por otro lado también experimentan esa soledad aun estando acompañados. Es frecuente ver a un grupo de adolescentes juntos, pero sin comunicarse. Enfrascados en sus dispositivos móviles, gozando solos de una forma solipsista, sin el llamado al Otro.

Otras veces se sienten paralizados ante una angustia existencial que les invade y a la que no se ven capaces de encontrar una salida. Una paciente de 20 años me decía en una sesión, tratando de poner palabras a la angustia y a los miedos que sentía: *“Es como que el mundo me queda grande, me siento como pequeñita frente a él, tengo como miedo a tener que enfrentarme sola a él”*.

Darle un lugar al adolescente a través de la escucha.

Para concluir sólo unas líneas acerca de lo importante que es poder escuchar lo que el adolescente nos dice y lo que no pero que se evidencia a través de sus actos.

Escuchar es ante todo dar lugar a la palabra del otro. Pero teniendo en cuenta que estamos en una época donde el rechazo a la palabra es notorio, donde el declive de la imago paterna “*pone en evidencia la crisis de la articulación significante, es decir la crisis del lazo social sostenido por el orden simbólico S1-S2*” (P. Lacadée- 2017), esto complica a los adolescentes a la hora de encontrar el apoyo simbólico que le permitiría construir su propio futuro, aunque sea siempre con dificultad. Tenemos que poder brindar tanto a los niños como a los adolescentes las herramientas necesarias para que puedan incluirse en la cultura, encontrando su propio lugar. Tienen que poder apropiarse de tradiciones, de conocimientos, de valores de los que más adelante también podrán desprenderse si es necesario.

Así debemos otorgarles la posibilidad de que ellos nos trasmitan a su vez sus malestares, sus sensaciones a través de su singularidad. Allí donde parece para ellos faltar las palabras con las cuales describir lo que les sucede, tenemos que procurar que ellas aparezcan, no llenando su vacío significativo con las nuestras sino escuchándolos para que puedan hacer su propia invención. Entendiendo que para ellos muchas veces a la palabra del Otro no le presupone un cierto saber capaz de ofrecerles una solución.

Es necesario entonces ofrecerles un dispositivo de conversación donde su lengua pueda articularse de otra manera, donde pudieran encontrarse con que el hablar sirve para algo, donde poder conectarse con su historia, con su inconsciente, de lo que parecen estar desconectados llevados por la inmediatez del aquí y ahora.

“[...] ante la evidencia de la cara real del síntoma, el analista no desfallece en su intento de transformar ese “yo no digo” que pone de manifiesto una impotencia que mantiene al sujeto retenido en lo insoportable y por ende lo empuja a “hacer algo”...

“Para el analista, se trata en primera instancia de recuperar la existencia misma del sujeto en su relación con la palabra, para que luego sea posible que haga algo diferente con la repetición de una queja, esto es convertirla en un síntoma”.
(Piedad Ortega de Spurrier-2012)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

-Amadeo de Freda, Damasia- “El adolescente contemporáneo: problemas clínicos” Cuadernos del ICBA /18. 2014.

-Fernández Blanco, Manuel- “La descarga sin represión” – Sin límites: conductas de riesgo- (varios autores) Editorial Pomaire- 2012.

-Lacadée, Philippe- “¿Qué arriesgamos en la adolescencia? La apuesta suprema: arriesgar la vida misma.” Conferencia dada para la red CEREDA 2008, en el libro: Sin límites: conductas de riesgo- (varios autores) Editorial Pomaire- 2012.

Lacadée, Philippe- “Los sufrimientos modernos del adolescente” - UNSAM Edita- Serie Tyché, 2017.

-Miller, Jacques Alain- “En dirección a la adolescencia” Intervención de clausura de la 3ª Jornada del Institut de l’Enfant- 21 de Marzo 2015.

-Monribot, Patrick- “La cura del pequeño neurótico” Lo infantil en el diván, 2010.

-Ortega de Spurrier, Piedad- “Adolescentes, depresión y modernidad” Revista de Psicoanálisis Virtualia, Año V, N°14. 2006

Ortega de Spurrier, Piedad-“Adolescentes, depresión y suicidio” Sin límites: conductas de riesgo- (varios autores) Editorial Pomaire- 2012.

- Obras completas de Sigmund Freud
- Seminarios de Jacques Lacan

